

246
O.C. Como VI (1)

2-94

LA PRESIDENCIA DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

/"La Nación", Buenos Aires (República Argentina)
4 enero 1907/

Salamanca, diciembre 1906.



-Pero, D. Miguel- me dijo mi amigo-
?como no firmó usted también esa carta
que los llamados intelectuales dirigie-
ron a don Alejandro Pidal, pidiéndole que
retirase su candidatura a la presidencia
de la Real Academia de la Lengua Española
y dejase solo a D. Marcelino Menéndez y Pe-
layo, prez y gloria de la erudición espa-
ñola?

-Pues es muy sencillito- le repliqué- Por-
que me tiene sin cuidado la tal Real Acade-
mia y lo mismo me da que la presida D. Ale-
jandro que D. Marcelino, que el portero o
que nadie. Y así debía ocurrir con todo el
mundo. Ningún español de buen sentido y de
juicio propio debía preocuparse ni siquiera
que la tal Real Academia exista.

-?Y la lengua entonces? ?quién la limpia,
fija y da esplendor?

-La suerte que la lengua corra depende
tanto de la Real Academia de ella, como de-
pende de la Real Academia de medicina el
porvenir del bazo o de el tiroides, o de las
ciencias físicas el porvenir de los anillos
de Saturno. La lengua la hace el pueblo, se-
ñor mio, y no los académicos.

-Pero...

-No hay pero que valga. Lo único que hace
la Academia es disparatar y ustedes someter-
se, por servilismo, a sus disparates.

-?Yo?

-Sí, usted. Porque usted es uno de los
que escriben "septiembre", con p, -y ?por
qué no siepte? -"obscuro" con b muy cuca
y "subscriptor", así con su b y su p. Y to-
do porque lo manda la Academia, como podría
mandar que se le pongan a la culebra cua-
tro patitas de palo, porque el reptil de

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.USAL.ES

LA PRESIDENCIA DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

que procede las tuvo acaso de carne. Y mire usted; usted sabrá de aquel sujeto que

sabía decir de tres maneras: «porcurao», «precurao» y «percurao»; pues bien, hay también quien sabe escribir una de esas palabras que le cité de tres maneras, y son: «subscriber», «suscriptor» y «subscriptor». Y no sé por qué no «criptor». En estas boberías nos mete esa señora Academia, por cuya presidencia se interesan ustedes ahora.

—Hombre, no exagere usted, también hace informes y gramáticas y diccionarios...

—Tapa, tapa, no habiemos de ellos. Los informes suelen ser de una ramplonería y una mezquindad desastrosas, y cuando se trata de obras americanas de un españolismo ridículo y petulante y en cuanto a las gramáticas y diccionarios ¡por Dios! que de eso ni se puede hablar siquiera... Ese desdichado Diccionario es un padrón de ignominia para España. Su parte etimológica, encargada á un padre jesuita, muestra la más absoluta ignorancia de los métodos y procedimientos de la lingüística comparada moderna y el más profundo desconocimiento del bajo latín y del latín vulgar. Hay cosas peregrinas y que demuestran que el buen padre ni siquiera ha leído el diccionario mismo. Figúrese que deriva la palabra «huraño» de «hurón» y luego en la voz antigua «foraño», del latín «foraneus», forastero, señala como una de sus acepciones la de huraño. Y es natural, ¿cómo quiere usted que salgan las labores críticas y científicas encomendadas á la Academia con semejantes académicos...?

—Sin embargo, señor mío, allí se lleva á los más eminentes escritores y literatos españoles; allí están Echegaray, Galdós, Pición... y allí estuvieron Núñez de Arce, Zorrilla...

—Sí, junto á otros ilustres desconocidos. Y además no juzguemos de la eminencia. Damos por supuesto que esos y otros académicos son excelentes escritores ¿qué tiene que ver eso para hacer estudios sobre la lengua? Lo mismo sabía Zorrilla y lo mismo sabe Galdós de filología que yo de química orgánica ó acaso menos.

Si á un hombre que escribe armoniosa, primorosa y castizamente le mete usted en la Academia de la lengua, meta en la de medicina á uno que da prodigiosos saltos mortales para que nos ilustre sobre la fisiología de los músculos, á uno que digiere aunque sea suelas de zapatos para que nos instruya sobre las funciones digestivas ó á un buen tenor para que haga una monografía sobre la laringe.

Manejar bien una lengua es una cosa, y conocerla científicamente es otra. Cualquiera filólogo moderno conoce el organismo íntimo y la vida del latín clásico mejor que los conocía Cicerón y una gramática latina que hoy se haga vale más que las que pudieron hacerse en tiempo de Augusto. ¿Se acuerda usted aquel toletote que se armó en la prensa cuando la Academia eligió á Commelerán frente á Galdós?



14



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

—Si me acuerdo, y yo fui uno de los más indignados, ¡preferir un domine, un catedrático de latín, al ilustre autor de los «Episodios Nacionales»!

—Pues no tenían ustedes razón, porque un domine, un catedrático de latín, puede y debe saber más de cómo se ha desarrollado nuestra lengua, y puede y debe conocerla científicamente más a fondo que un novelista, por muy bien que éste escriba. Si hubiesen ustedes dicho que el señor Commellerán no es ningún filólogo distinguido y que su gramática del latín y el castellano comparados es un bufuelo sin valor científico alguno, ya sería otra cosa. Porque esto es la verdad.

—Lo que yo le digo a usted es que esa Academia es un refugio de neos y que sólo entran ahí los ultramontanos...

—No, lo que debe usted decir es que no hay en ella espíritus verdaderamente científicos si se exceptúa alguno, como don Ramón Menéndez Pidal, cuyo «Manual elemental de gramática histórica española» es lo único bueno que tenemos en su género y un libro que puede ponerse al lado de las gramáticas históricas, algunas excelentísimas, que se han publicado en otros países. Pero junto a éste, que es un hombre que honra a España y por el cual se verá que aun somos capaces los españoles de sentido científico y de comprender los rigurosos métodos de la filología, junto a este hombre hay allí cada mastuerzo que ha entrado en concepto de especialista... Un jesuita, el P. Fiza, llenó de despropósitos y desatinos etimológicos el Diccionario; pues bien, hay allí otro que fue jesuita, el P. Mir, que es una de las mayores calamidades lingüísticas que padecemos. El buen señor es un mallorquín, como Maura—«carcades ambo!»—que no acaba de pensar en castellano y escribe éste como los humanistas del Renacimiento escribían el latín, como lengua muerta, componiendo sus párrafos con una taracea de frases, muertas las más, pescadas con caña en nuestros clásicos de los siglos XVI y XVII. Algo así como en la Argentina hace—ya que esta conversación han de oírnosla allí—el Sr. D. Pastor Obligado que ha escrito, a mala imitación del peruano D. Ricardo Palma, unas «Tradiciones argentinas», escritas en el idioma más falso, más rebuscado y peor olente a aceite que cabe. Vale más escribir mal, eso que se llama escribir mal—y que muchas veces suele ser escribir bien, escribir en lengua de conversación al aire libre—que no escribir así.

—¿Y usted cree que D. Ramón Menéndez Pidal, cuyo mérito me complazco en reconocer, entró en la academia por ser un docto lingüista? ¿no cree usted más bien que entró por sus concomitancias con los neos y por su amistad con Menéndez Pelayo?

—Tal vez, pero sea como fuere, es allí el que mejor sabe lo que se trae entre manos. Y el mismo pernicioso en la academia no es el político ó religioso, sino otro que deriva de él y es el casticismo ridículo y estrecho, es el pretender que tomemos como modelo la lengua castellana del siglo XVII, convencidos como están de que con aquella lengua, sin descoyuntarla, no pueden ex-



16



presarse ideas del siglo XX. Lo que hay allí en muchos de los que mangonean aquello es ideofobia, odio á las ideas, y, en el primero de ellos en el Sr. Menéndez Pelayo.

—¡Qué atrocidad, Dios mío, qué atrocidad! Repórtese usted, D. Miguel, y no diga esas cosas. ¡Odio á las ideas Menéndez Pelayo, que nos ha dado á conocer tantas, sobre todo en su «Historia de las ideas estéticas»!

—Sí, nos las ha dado á conocer, pero como mera curiosidad literaria y embotándolas. Las ideas allí no aparecen más que como motivo ornamental; no hay verdadero entusiasmo por ellas. Y son las ideas consagradas, de un lado ó de otro. Aquello es una horrible labor de nivelación; todas las medianías se ven elevadas, todas las sumidades rebajadas. Y ¡ha leído usted el primer tomo de sus «Orígenes de la novela española»? ¡Vaya un erial de noticias, un páramo de datos, una estepa bibliográfica! Sólo hay de cuando en cuando algún rasgo de humorismo delicioso...

—¿De humorismo?

—De humorismo, sí, aunque sea inconsciente. ¿Usted lo ha leído? ¿sí? Pues bien, vaya un ejemplo. En sus páginas CDXCIV y CDXCV—esto de paginar con números romanos debe de ser muy distinguido, pero es muy molesto—habla de «Los diez libros de la fortuna de amor», publicado en 1573 en Barcelona, por Antonio de Lofrasso, libro al que se llama el más gracioso y disparatado en el escrutinio del «Quijote» y del que dice D. Marcelino que es una «obra de las más raras y de las más absurdas de nuestra literatura». Pues bien, después de reproducir algunas sandeces del tal Lofrasso, merecedor de la compasión del olvido, agrega en una nota estas palabras de altísimo humorismo: «pero basta de necedades que no dejan de serlo por estar en un libro rarísimo».

—Pues no veo el humorismo...

—¿Qué no? Usted, yo, cualquiera que no sea erudito á lo D. Marcelino, se figurará que una de las condiciones, la principal, para que un libro se haga rarísimo, es que esté lleno de necedades, pues por estar lleno de ellas las gentes dejan de leerlo y de comprarlo y no se cuidan de no perderlo. Y en la nota parece darse á entender que es condición general de las necedades el que dejen de serlo cuando el que las contiene es un libro rarísimo. ¿No ve usted el humorismo?

—Algo hay que dar á la bibliomanía...

—La bibliomanía va de par con la ideofobia. La experiencia enseña que los que cobran amor al libro por el libro mismo, y andan á la pesca de incunables, ediciones príncipes, manuscritos raros, etc., odian las ideas. El gran Darwin no sentía amor ninguno á los libros; según los iba leyendo iba arrancando las hojas que no le interesaban; y así, en su biblioteca había pocos libros y de ellos los menos completos. Literatismo y bibliomanía son dos de las enfermedades más graves y ambas tienen su santuario y su oráculo en la Real academia, que gastó su dinero en hacer una edición costosísima de las «Cántigas» del rey Sabio, ó de quien fueren, con una introducción filológica del marqués de Valmar, donde hay gazapos como inventar en gallego dos verbos para explicar los pretéritos de «ya-



cer» y «placer», como si en castellano inventáramos el verbo «yoguir» y el verbo «pluguir» para explicar «yoguiése» y «plugiése» («la cuisset» y «placuisset»). Y esto lo hizo en vez de editar ediciones baratas, al alcance de todas las fortunas, de nuestros clásicos. La tal academia es una institución aristocrática que no trabaja para la cultura popular. Debíamos barrerla y el mejor camino es no hacer caso alguno de ella, y que se muera de asco, en medio de la indiferencia general. Y he ahí por qué me ha parecido mal que esos jóvenes intelectuales se hayan cuidado de si va á presidir á esa academia D. Alejandro ó D. Marcelino. ¿No la presidió Cheste? ¿Y quién ha sido Cheste? Un general que ha vivido más de noventa años, y que ha hecho una traducción de la «Divina Comedia» que no hay quien la resista, un literato menos que mediano.

Mire usted: puesto que nos están oyendo americanos, es preciso decirlo muy alto: en España ningún escritor de regular juicio hace maldito el caso de la Real Academia, ni consulta su diccionario para escribir, y si, á pesar de esto aun hay por aquí quienes cultivan un casticismo trasnochado, no es por la academia ni por respeto á ella, sino por cierto fondo reaccionario que se refugia en el cultivo de la lengua hasta en muchos que se creen muy progresistas.

—Bueno, tengo que irme; pero conste que no me ha convencido usted, don Miguel.

—Ni yo trato nunca de convencer á personas que pasan de los cuarenta años: ni es fácil ni conduce á nada. Yo me dirijo siempre en especial y ante todo á los jóvenes, á los que se están haciendo, á los que tienen todavía flexible y fresco el cerebro.

—¡Muchas gracias!

—No hay de qué.

Y nos separamos.

MIGUEL DE UNAMUNO.

